



Foto de Steve Johnson en Unsplash

H.
HETEROGÉNEO

Sala de las Clarisas

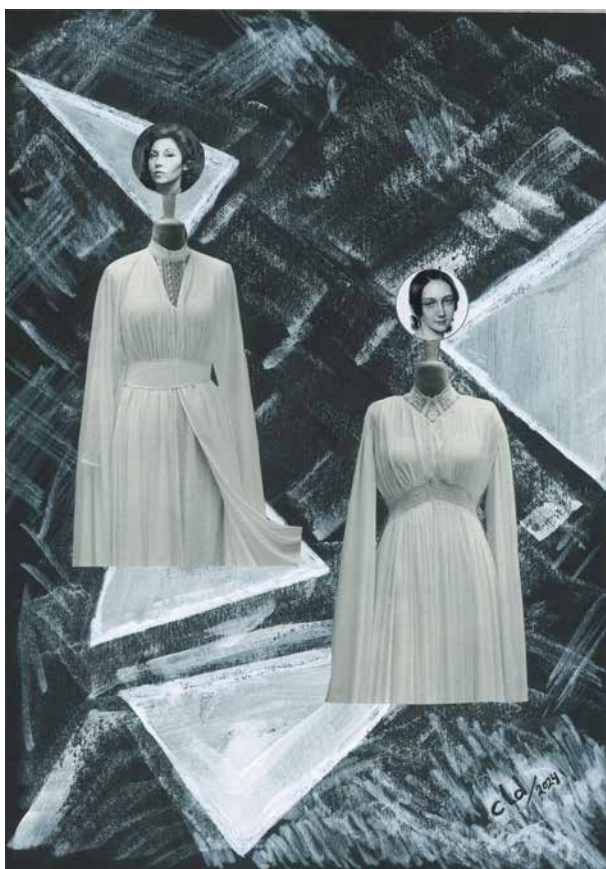
CARLOS LÓPEZ DEGREGORI

CLARISAS

I

Clara de claridad turbia. Transparencia espesa de tres Claras en el recipiente. He arrojado las yemas por el sumidero para que se pierdan en los ríos inferiores que atraviesan la ciudad. Claras que debo batir hasta volverlas una espuma blanca del mismo color que la piel del vientre de alguna monja clarisa. Un Blanco no tan Blanco. Un Blanco con leves hilos de oscuridad. Los hábitos desprenden un olor avinagrado y los bordes sucios de las cofias almidonadas parecen dibujados con lápiz negro. En el convento están las monjas de santa Clara resguardadas en su invisibilidad. Hacen dulces con innumerables huevos de las gallinas que también viven en sus corrales de clausura. Dejo atrás los muros del convento y camino unas cuadras. En una esquina de la calle que lleva al puente hay una talabartería con la puerta entreabierta. Un gallo enorme se pasea entre las herramientas y los objetos de cuero. Sacude sus alas, hincha el cuello y escucho el estridente kikirikí. Sale un hombre encorvado y me abofetea. Fuera, mierda. Quedo paralizado y no reacciono. Me empuja, caigo al suelo, me arrastro para escapar. Tenía trece años. No le conté a nadie lo que había sucedido. Guardé la historia en la clara turbia de un huevo: la soterré, la enmudecí. Hoy regresó cuando desaparecían las yemas. La inmortalidad de los secretos. Están silenciosos, desdiciéndose siempre y desdichados. Y un día brotan como la espuma de las claras de estos huevos de cáscara blanca. Huevos infértiles de fantasmas, de no nacidos. Sorteaban pollos en las tómbolas de la kermese del colegio. Morían en casa a los pocos días. Pequeños seres piantes. Ninguno se volvió gallina o gallo. Ninguno puso huevos para que luego desechara las yemas en el sumidero de la cocina.

Con las claras he preparado pisco sour. Serán tres vasos esta tarde. Alcohol solitario para brindar por el olor rancio de las monjas, el gallo gigante del talabartero, la humillación que sobrevive.



II

En Asís decían que Francisco y Clara se amaban. Era cierto: pieles y espíritus turgentes. Para evitar los rumores espaciaban sus encuentros. Se hablaban con murmullos, ocultaban bajo los hábitos de tela burda sus estigmas que son la escritura de Eros. Una noche, Francisco vio en un estanque el rostro de Clara. Era el invierno y entendió que ya no debía buscarla. Tú, encamínate al convento que yo te seguiré: nos veremos de nuevo cuando vuelvan las flores en el verano. En ese momento la nieve se abrió y brotaron miles de protuberancias coloridas. Rosas como las llagas de los leprosos, como antifaces para el rostro en un gran carnaval sacro. Clarividencia. Seré lo que ya soy en demasía. Clara se recluyó en el monasterio de San Damián y fundó la Orden de las Clarisas.

Me ajusto un antifaz. Estoy en Leipzig y mañana empieza la cuaresma. A lo lejos se escuchan algunos cuadros del *Carnaval*, Op. 9 de Schumann interpretados por Franz Liszt. O me equivoco y son los dedos santificados de Clara, la hija del maestro Weik. Candiles. Los nervios metálicos del piano. Seré lo que ya soy, le pudo haber dicho Robert a Clara. Un músico romántico desquiciado, inclinado como un árbol inmemorial sobre el piano, atiborrado de mercurio para aplacar la sífilis y la locura. Quizás lo repitió en la

mortandad de la peste del cólera o el día que se arrojó a las aguas heladas del Rin, antes de ser internado en el sanatorio de Eendenich.

Mi Santa y mi Pianista son volubles, introspectivas. Las guardo como el sonido de una nota en el oído que no me abandona. No haber nacido para ellas es una de mis nostalgias.

III

Convoco a otras Clarisas, a otras gallinas. Dice Clarice Lispector que hubo un huevo blanco en la *lejana Macedonia* que alguna vez fue *un triángulo y de tanto rodar se fue ovalando*. Una aparición magistral que ocultan los iniciados como una masonería, un don prístino para el desayuno. *El huevo es el gran sacrificio de la gallina*, el sueño alcanzable que sale por la cloaca, *la cruz que la gallina carga en la vida*. ¿Qué cargo yo? A mi manera soy un ave andrógina de corral. Quizás estaba a punto de poner un huevo inmaterial hace muchos años y el canto del gallo en la talabartería fue el anuncio de su nacimiento. Ah, Huevo crístico, salido del ojo panóptico de la providencia.

Una noche Clarice sale a comprar cigarros. Un ebrio completamente inferior se le acerca a ella que es superior. Alguna vez se han conocido fugazmente. El hombre sube a la casa de Clarice y saca de un enorme bolso un cuaderno rojo con sus apuntes. Lee un poema que imagino lleno de ideas circulares y vocales. Es irracionalmente perfecto como su estadía en Vietnam o sus viajes de marinero. El gran mar de la mentira, de los albatros que son los pájaros blancos del suicidio. Un ebrio animal, un gallo salido de un antiquísimo huevo triangular. Después se marcha. Clarice apaga las luces, toma su somnífero habitual y se pone a fumar.

Pude haber sido el hombre ebrio completamente inferior. Pude haberme quedado inmóvil en una esquina del departamento o detrás de una cortina observando la brasa del tabaco, el humo saliendo con hermosura de la boca. ¿Fue en la madrugada del 14 de septiembre de 1966? Ella se queda dormida con el cigarrillo en las manos y las sábanas se encienden. Flores quemadas brotan en su cuerpo, la mano derecha se convierte en una garra de ave. Fui un testigo, C L. Compartimos las mismas iniciales, el estupor, porciones invisibles en nuestras historias, holladuras que roba el fuego. Me gustan las frases finales del relato *El hombre que apareció*:

No hay respuesta para nada.

Me fui a acostar. Me había muerto.

Seguí la mano quemada que escribía con dificultad *El viacrucis del cuerpo*. 13 cuentos como huevos negros después del incendio.

IV

22 figuras en llamas. Danzan enmascaradas antes del Miércoles de Ceniza. Robert Schumann diseñó en su Carnaval un laberinto musical para ocultarse. En cada pieza permanece agazapada una estructura de notas que se incendia:

La-Mi bemol-Do-Si

En la notación alemana son:

A-S-C-H

El músico diseñó un criptograma. *Asch* es 'ceniza' en alemán y al mismo tiempo el secreto de sus iniciales Alexander Robert *Schumann*. Notas que se incendian y anticipan en sus carcajadas el fuego helado de Enderich. Durante dos años estuvo encerrado y vio a Clara dos días antes de morir.

C-L / C-L

Clarice Lispector / Carlos López. Quién es el criptograma de quién. Septiembre está muy lejos del carnaval. No importa: el 14 de septiembre es un día ceniciento con claras de claridad turbia, con gallos entre herramientas y trozos de cuero. Quizás un 14 de septiembre de 1966 llegué a la calle que conduce al puente.

V

Claras y Clarisas: lienzos que arroban y protegen, cáscaras ovoides para esconder mi vergüenza inaugural. No soy fuerte, mis movimientos son desarmónicos, pero de haber sido un pugilista o un combatiente de lucha grecorromana habría enfrentado al talabartero.

¿Toro o gallo? ¿Luchador salido de un huevo berrueco, de una vaca que muge temerosa? Podría ser un Minotauro: la máscara humosa y el olor a almizcle, el recuerdo del sexo de Ariadna. Ingresaría al campo de combate que solo existe para sostenerme, bramando con mis trampas, con la perfección de mis llaves, embestidas, golpes. Te mataría, Teseo. Y en el coliseo vacío me quedaría entre las cuerdas rebotando de norte a sur con la codicia de los péndulos. Años de años esperando al matarife porque soy un toro expósito. Mi cuero lo usaría un talabartero para fabricar látigos, correas trenzadas. Que un gallo los vigile. Que Clarice Lispector escriba un cuento sobre luchas grecorromanas. A diferencia del boxeo son más teatrales y pantográficas. Casi tristes.

VI

En la combustión espontánea humana, la víctima se consume a sí misma. No hay fuentes externas de ignición y generalmente el entorno de las cenizas del cuerpo o

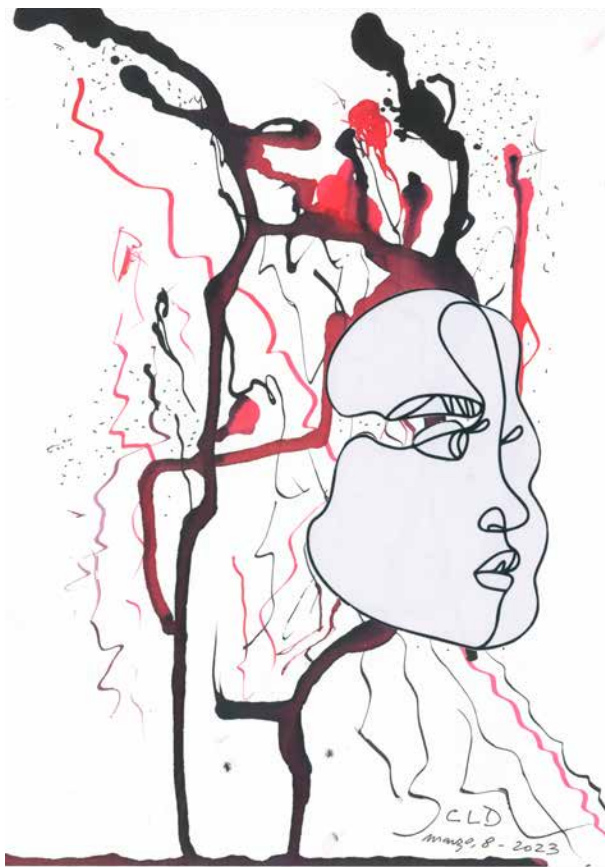
los miembros permanecen intactos. En el verano de 1745 la condesa Cornelia Zangari de Bandi se acostó en su enorme lecho. Las sábanas estaban limpias y frescas. Al día siguiente su doncella halló la cabeza y las piernas, el resto del cuerpo se había convertido en cenizas y unas velas que estaban cerca tenían las mechas intactas. Albatros, leprosos, ancianas y ancianos generalmente solitarios, ebrios, minotauros retorcidos se entregan a un fuego que implosiona. No hay causa ni explicación para este sacrificio. Clarividencia. Santa Clara es patrona de los clarividentes, de los huevos ígneos que llevan las novias a algún monasterio de clarisas franciscanas. Seré lo que ya soy en demasía. Se han reportado más de cien casos de combustión espontánea humana.

Mañana es miércoles de ceniza y escucho en mi estudio el *Carnaval*, Op. 9. ¿Moriré en un fuego interno, abisal? Clara-Clara-Clarice: un triángulo con el ojo panóptico que me ve desde todos lados. No haber nacido para ustedes es una de mis nostalgias.

VII

El gallo acaba de cantar, Ave Andrógina, solo para ti.

Has puesto un huevo inmaterial lleno de Clarisas.



ES ALLÍ ADONDE VOY

No encuentro a Vincent van Gogh en ningún relato de Clarice Lispector, ni en su mano de garra, ni en el humo que escapa de su memoria dormida.

El humo que sale de la boca de Clarice es amarillo porque fuma largos cigarros parecidos a pinceles que acompaña con vino y somníferos.

No encuentro a Clarice Lispector en ninguna pintura de Van Gogh. No aparece transformada en flor retorcida o en estrella de puntas hirientes.

No importa.

Clarice y Vincent se buscan aquí entre los cuervos y los objetos que huyen de su perspectiva.

Viajan a Arlés y pintan y escriben figuras sin sombra.

Vengan. Puedo ofrecerles esta superficie que huele a trementina, al cabello grasoso de Vincent, a sudor y sangre pegosteadada.

Así olía Van Gogh la noche del 23 de diciembre de 1888. Y el olor se coloreó, extendió sus tentáculos durante años hasta un apartamento en Río.

No sé cuál era el perfume de Clarice, su aliento al despertar escapando por las narinas trémulas, como sucede en *Seco estudio de caballos*.

Vincent estaba a los pies de la cama vuelto respiración o humo. Tomó un manto de cenizas para refugiarse en el relato *Es allí adonde voy*. En la apertura hay una oreja y más allá *de la oreja solo existe un sonido, la extremidad de la mirada, un aspecto*.

Yo era un intruso que recorría con ellos las habitaciones del departamento, inventaba las palabras ciegas en sus colores que no atinaban a decirse.

Tirana magia.

Cruentos y solitarios girasoles.

Vincent fue Clarice en esa noche de las transmigraciones.

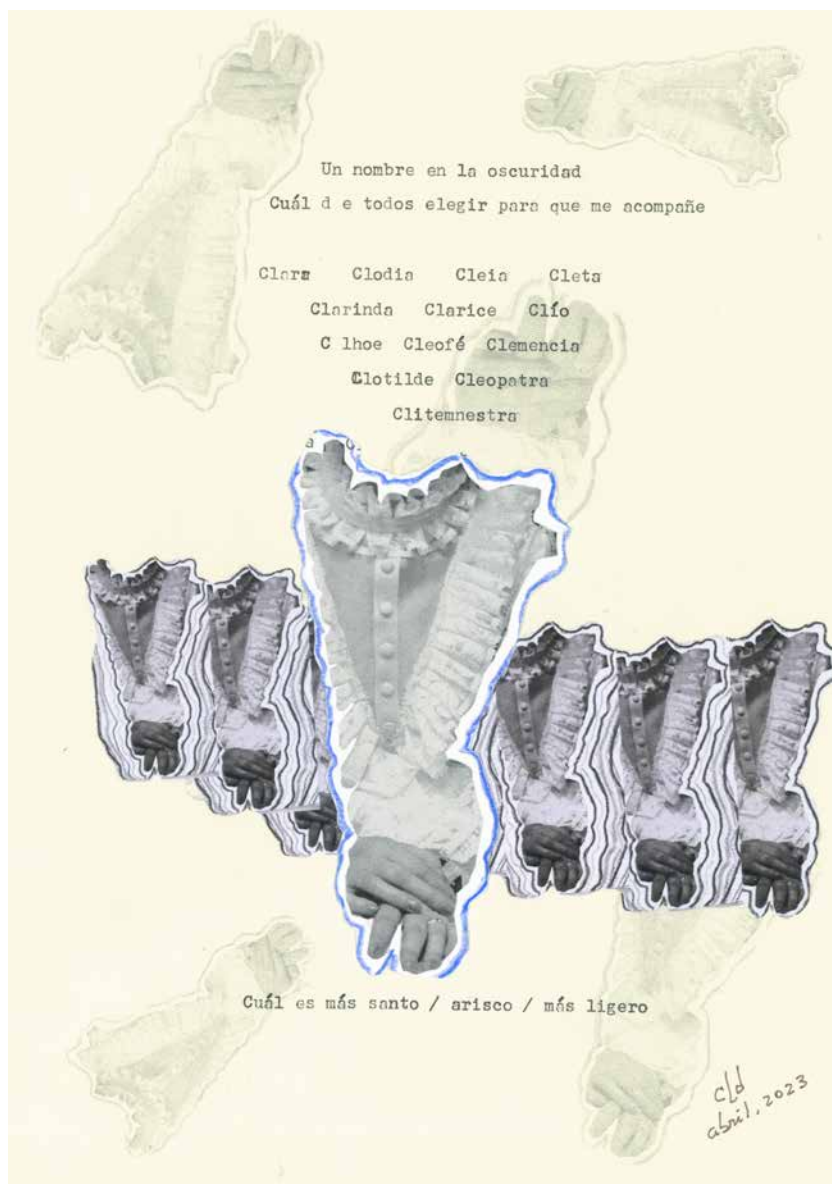
Morir fue. Amar fue.

Se acercaron desnudos. Se mordieron, se fustigaron con pinceles. Después, abrazados bajo las sábanas trataron de volverse *una extremidad, un aspecto, una naturaleza viva que ama una naturaleza muerta.*

Clarice se asoma a los ojos de Vincent: sabe que puede caer y no le importa.

Vincent tiembla, le ofrece un pincel, los colores más puros:

Es allí adonde voy.



MISTERISMO

DOS EPISODIOS DE GALLINAS Y GALLOS

(LÍNEAS CANCELADAS)

Una caracola arcaica, de esas que cubren el oído y contienen encerrado el oleaje del mar. La encontré en esta playa sucia de Lima. Pensé que podía ser un buen teléfono existencial y marqué en el disco del aire el 6427, mi número de Arequipa. Qué pocas líneas había entonces. Qué escasas respiraciones entrecortadas viajaban por los cables como gusanos y alimentaban a los pájaros que se posaban en ellos. Unas cuantas voces exiguas. Y llegué a Lima en 1968 justo para llamar al 224514. El 2 siamés, la fecha del año en que acabó la segunda guerra mundial y luego el inicio de la primera. Un arco de batallas. Timbraba el cuerpo negro de baquelita, el amor del auricular que convertía los susurros y latidos en señales eléctricas. No respondí. A nadie le dije que partía a Bogotá para recluirme en dos casas cuyos números telefónicos no recuerdo. Supongo que no fueron importantes o no tenía con quién hablar.

Ahora conservaré este monstruo abisal en un armario. Lo esconderé en la oscuridad aterciopelada de las prendas de ropa que casi siempre son sordomudas. Como un esqueleto sonoro sobrevivirá días, meses, años hasta que pulse los botones para convocar el 4492868. Los números fijos ya no se utilizan y son inservibles como la *ouija*, las tablas parlantes o la telegrafía. La línea tal vez haya sido cancelada, pero igual sonará. El timbre invadirá la casa.

- Aló...
- ¿Quién habla?
- Yo. ...solo se escucha un ruido de gallinas, como si la noche fuera una inmensa granja. ¿Eres Clara o Clarice?
- No sé... Clarice, supongo... pero no importa. ¿Por qué no te tomas el trabajo de anotar en una hoja de papel todo lo que digo?

Así lo hice. Fue una avalancha de palabras que me esforzaba en transcribir, las más sinuosas y perfectas. No perdía ninguna. Doblé el papel y lo dejé en la mesa de noche debajo de un vaso de vino. Apagué la luz y pedí una noche redonda, sin sueños.

En la mañana el papel estaba en blanco.

(A PROPÓSITO DE ASCLEPIO Y LOS GALLOS FILÓSOFOS)

Llamaron a la puerta mientras almorzaba. Era Critón y traía en las manos algo frondoso, violento. Es un encargo de Sócrates, me dijo. Lo recibí y regresé al comedor. Estaba lleno de gallinas, de pollos pientes que temblaban como ratones. En la mesa un gallo picoteaba las verduras y pequeños trozos de carne de ave que aún quedaban en mi plato. ¿Pueden comer carne los gallos y las gallinas? Tal vez sí, en condiciones extremas.

Una bola de plumas subió por mi garganta y fui a la cocina para expulsarla. Entonces sentí que la casa se volvía un escenario y acababan de abrir las cortinas. Las butacas estaban vacías. Solo el aire tosía y movía los pies como el público en la pausa de un concierto.

Yo era un mago y sacaba pollos de mi sombrero con perturbada maestría. Me encorbaba todo hielo y sentimiento. Me exaltaba. La fluidez de mis dedos seguía el ritmo de las últimas palabras de Sócrates: *Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo.* El teatro estaba lleno de seres emplumados. Gallos y gallinas de todos los tamaños y colores. El público aplaudió.

La cicuta subía por mis pantorrillas y alcanzaba el vientre.